

EL GUARDIAN DEL ANILLO_VegaVivasMauricio

Mauricio Vega Vivas



Capítulo 1

EL GUARDIÁN DEL ANILLO

Por Mauricio Vega Vivas

El anticuario Andrés Ziquer llamó por teléfono desde el despacho de su establecimiento al empresario Rodrigo Vidal, uno de sus clientes más distinguidos. Eran pasadas las seis de la tarde.

-¿Señor Vidal? Soy Ziquer, el anticuario. Le hablo, porque recién me ha llegado una pieza de singular belleza -advirtió el comerciante de antigüedades al auricular-. Valdría la pena que se diera una vuelta por acá hoy mismo, para que la viera; antes de que la pase a la sala de exhibición. Creo que le encantará.

Rodrigo Vidal arribó al negocio poco después de las nueve de la noche. La calle de Londres, en plena Zona Rosa, lucía iluminada y bulliciosa a esa hora. El anticuario lo aguardaba fumando nervioso en la puerta del establecimiento.

-¡Buenas noches, señor Vidal! Pase, por favor... la pieza de la que le hable está en el despacho -le explicó, ciertamente consternado.

El empresario farmacéutico le siguió y ambos hombres cruzaron la atestada sala de exhibición, sin decir una palabra.

La primera impresión que tuvo Vidal de la pieza aquella, fue de absoluto asombro. Se trataba de una escultura de bulto tallada en mármol negro, que permanecía hierática en el centro de la habitación. Su manufactura era impecable. Rodrigo Vidal rodeó la pieza varias veces para verla bien.

-Es una obra extraordinaria, ¿no le parece?.... No he visto nada igual en toda mi vida.

Después de examinarla con minuciosidad, Vidal se detuvo finalmente de frente a ella. La singular escultura medía poco más de un metro de altura. El personaje tallado sobre el excepcional mármol negro era un lúgubre fauno ligeramente encorvado hacia delante, con la testa levantada hacia el cielo, que abrazaba celosamente un cofrecillo de latón incrustado en su regazo. El comerciante de antigüedades permanecía silencioso en la entrada de la oficina.

-¿Qué le parece, señor Vidal? ¿Se la reservo, entonces? -preguntó

finalmente el anticuario.

Vidal se inclinó para echar un vistazo de cerca al misterioso cofrecillo labrado. La delicada cajita de metal parecía poseer una tapa abatible. Vidal alargó una mano para tratar de levantarla. Tan pronto como rozó la superficie del cofrecillo con la yema de los dedos, un súbito escalofrío recorrió su cuerpo.

Venciendo la absurdo aprensión que comenzó a invadirle, Vidal corrió el firme pasador que sujetaba la tapa del pequeño cofre y, levantándola, se asomó nervioso a su interior. Dentro, vio los destellos de algunas alhajas finas. Introdujo un par de dedos y cogió un anillo dorado.

Ziquer, que permanecía aún en la puerta del despacho, miraba intrigado lo que hacía Vidal y preguntó por lo que había hallado dentro del cofrecillo. Vidal alzó el brazo triunfante y le mostró el robusto anillo de oro, con una hermosa piedra azul engarzada en bisel. Ambos se dirigieron al escritorio del despacho y bajo la luz de una lámpara examinaron la pieza.

-Es genuino, no cabe duda -advirtió el anticuario, examinando la joya cerca de su rostro con un monóculo de relojero -. Y la piedra es un zafiro excepcional, de no menos de diez quilates... ¡Bien, no se diga más; las joyas están incluidas también en el lote! -agregó luego, poniendo en la mano de su cliente la valiosa joya.

Un súbito estremecimiento sacudió de pronto a Vidal y se volvió en seguida para devolver la joya al cofrecillo. Pero la lúgubre escultura ya no estaba ahí...

No tenía idea del tiempo que había transcurrido metido dentro de aquel apolillado armario. Desde su improvisado escondite, Vidal oía los cascots de la bestia al cruzar por el pasillo, continuando su frenética búsqueda. Hacía casi una hora que habían dejado de oírse los angustiosos lamentos del desdichado Ziquer. Las pisadas de la criatura, galopando furioso sobre las duelas de madera de la planta alta, resonaban en sus oídos como sordas pisadas de un pequeño corcel desbocado.

Le era imposible, de cualquier manera, ubicar el sitio exacto donde había dejado caer la valiosa joya; mientras huía despavorido de las garras y los colmillos de la infernal bestia.